

Un equívoco histórico¹

Tantos países, duas grandes linguas (...)

Jorge de Sena²

En el volumen dedicado a la compilación del coloquio sobre «Las culturas de fin de siglo en América Latina», tratando de encontrar un término que exprese el complejo fenómeno histórico que caracterizaría el presente fin de siglo en dicho espacio, Josefina Ludmer introduce la fórmula «salto modernizador»³. Para explicarla, plantea que «en los dos fines de siglo, el XIX y el XX, América Latina parece clausurar un pasado y colocarse en un nuevo orden económico y político mundial.» (1994, p. 7) Para ello, «abre fronteras, se internacionaliza y postula al mismo tiempo su modernización política y cultural». (*Ibid.*) Desde la otra cara, como agrega la propia Ludmer, «en los fines de siglo América Latina *se vería* obligada a quemar años de su historia para entrar en un orden y un ritmo, una temporalidad transnacional, diferente». (*Ibid.*) El salto, en fin, no se da sin dejar algunas rebarbas.

En el campo de la enseñanza de lenguas y de las políticas lingüísticas en juego, el concepto de «salto modernizador» no nos es ajeno. En la última década del siglo y en el espacio del Cono Sur, impone –pues es preciso decir que esto no ocurre sin una determinada violencia– el surgimiento más o menos vertiginoso, según los países y las regiones, de la necesidad de estudiar español por parte de brasileños y portugués por parte de hispanoamericanos. Me refiero, más estrictamente, a la explosión de la demanda que tiene lugar desde hace unos cinco años en Brasil, explícitamente ligada a responder a las necesidades que crea la implementación del Tratado del Mercosur y, también, a las expectativas que despierta la consolidación del mismo⁴.

¹ El presente trabajo es parte de la reflexión que actualmente desarrollo en mi tesis de doctorado en el Área del Análisis de Discurso del Departamento de Lingüística, IEL/Unicamp.

² Cf. el capítulo «Literatura brasileira comparada com as literaturas da Hispano-América». In: Estudos de Cultura e Literatura Brasileira. Lisboa: Mécia de Sena y Edições '70, pp. 289-313. Agradezco la valiosa indicación bibliográfica a Jorge Schwartz.

³ El referido coloquio fue celebrado en Yale, del 8 al 9 de abril de 1994.

⁴ La explosión, en otro grado de intensidad, se da también en países como Argentina y Uruguay, en los que se ha empezado a estudiar portugués.

La tarea nos toma por sorpresa y, en la práctica, las desprolijidades abundan. En el nivel oficial, las intenciones de convivencia se enuncian bajo el efecto de una especie de espontaneísmo que apela al cosmopolitismo y a la fraternidad, como si se tratase de deberes morales. En este sentido, algunas respuestas se dan de forma obediente y, en el ritmo burocrático de la cadena de decisiones administrativas, para dar un ejemplo significativo, se implanta la enseñanza de la lengua española en las escuelas oficiales siguiendo los moldes más estrechos de la enseñanza de lenguas extranjeras. Por otro lado, en el nivel pedagógico, las decisiones se toman a merced del vértigo que imponen las urgencias y, en buena parte, el ritmo del funcionamiento del Tratado. Así, se termina optando por los métodos que están a mano (y por las teorías implícitas), aunque éstos demuestran una cierta incapacidad para comprender e interpretar la singularidad del encuentro de las dos lenguas.

La idea, en el presente trabajo, es convocar la fuerza de la historia tratando de interferir en las rutinas señaladas. Comenzaré, por lo tanto, contando una anécdota personal, no por ello exenta de resonancia histórica y cultural.

Una historia significativa

Cuando llegué a Brasil, hace nueve años, para pasar un tiempo haciendo mi posgrado en la Universidad de Campinas, llegué de la Argentina sin haber estudiado portugués, caso frecuente entre los hispanohablantes que emigran a este país. Por lo tanto, para ser entendida, empecé hablando español despacito y lo «más claro» posible y, al poco tiempo, ya me sorprendía ensayando algunos fragmentos en portugués. Ambos «gestos» pueden vincularse a la forma en que históricamente se manifestó la actitud por parte de los hispanohablantes con respecto al portugués en el Cono Sur e, incluso, puede ser comparada con aquella que el brasileño tiene o, al menos, ha tenido en relación con el español de sus vecinos latinoamericanos. El crítico Antonio Candido se encarga de designar ambas en el siguiente fragmento:

Pensemos en nosotros, que somos herederos de los portugueses: aún hoy, si un brasileño va a Bolivia, por ejemplo, se esfuerza en hablar «portuñol», mientras que un boliviano en Brasil hablará tranquilamente su buen castellano. (1995, pág. 319)⁵.

⁵ La palabra «portuñol» nombra diversos objetos en Brasil. En este caso específico, podría ser el último término de la siguiente secuencia metonímica: español - lengua cercana - lengua fácil - portuñol. En dicha secuencia, el término designa algo así como una lengua de salida, una lengua con la cual el brasileño «se las puede arreglar» y que, sin

El autor, que está especialmente preocupado por definir la manera en que «los dos grandes bloques lingüísticos de América Latina han pensado uno en el otro y se han visto uno al otro», se sirve de esta observación como fundamento para hablar de lo que denomina «una relación asimétrica». (Cfr. *ibid.*) Esta asimetría o, mejor, este efecto de asimetría, en la argumentación de Candido aparece vinculada a la cuestión del colonizador: ser herederos de los españoles implicaría sobrestimar la propia cultura e imponer su lengua; en cambio, serlo de los portugueses, supondría aprender dócilmente la lengua de los otros. (Cfr. *ibid.*)

Por nuestra parte, podemos aprovechar la reflexión para señalar que, a pesar de sus diferencias, las dos actitudes pueden verse como síntomas del funcionamiento de un presupuesto: ni los brasileños ni los hispanohablantes sienten o, para ser más precisos, sintieron, históricamente, la necesidad de estudiar o aprender la lengua del otro.

Bueno, pero volviendo a mi relato, cuando llegué a la Unicamp, con frecuencia tenía que ir a la secretaría del Departamento de Lingüística a hacer trámites, llenar papeles y realizar diversas consultas. En una oportunidad, estaba en el mostrador y, pese a que había varios empleados, todos parecían ocupados y ninguno dispuesto a atenderme, hecho que me llevó a tomar la iniciativa de preguntar en «mi mejor portugués»: *—Escuta, não tem nenhum empregado que possa me atender?* Inmediatamente sentí una especie de vacío: era como si las espaldas se hubiesen crispado por un instante; algo, indudablemente, había transformado lo que yo interpretaba como mera indiferencia administrativa. Atribuí el hecho a que no sería correcto reclamar atención y que lo que correspondía era aguardar pacientemente y en silencio.

Para interpretar los efectos de sentido que produjo la referida enunciación, valdría la pena empezar citando la expresión que espontáneamente surgiría en boca de un brasileño después de oír la historia: *—Que mancada você deu ... eh!?*, lo que en un español con tono más o menos rioplatense significaría algo así como «te equivocaste feo» o, para ser más

duda, es mucho más famosa aquí que en los países hispanoamericanos. Se trata de «una versión brasileña» del español, en la que el hablante plasma la interpretación de cómo le suena esa lengua que, inevitablemente, por la cercanía material, se espeja en la propia. En este sentido, debemos hacer un doble reconocimiento con respecto a la actitud del brasileño. En primer lugar, sin sentir la necesidad de tener que pasar por un proceso formal o informal de aprendizaje, «se atreve» a producir un «ensayo» del español con una expresividad y un desenfado comparables a los que Mário de Andrade (1972) señala que están presentes en la forma en que ese mismo brasileño comete errores en la producción del lenguaje coloquial con relación a la lengua escrita. En segundo lugar, también realiza un movimiento para acercarse al otro, lo que, tal vez, pueda ser visto como un efecto del ejercicio de la cordialidad del que hablaremos más tarde.

El conjunto de cuestiones señaladas, indudablemente, nos permite concluir que lo que está en jaque es el estatuto del español como lengua extranjera.

exactos, «¡qué metida de pata que te mandaste!»⁶. Inmediatamente, ese mismo brasileño seguirá opinando bajo el efecto de lo que Michel Pêcheux denomina «imaginario lingüístico», según el cual el hablante tiene la ilusión de que la lengua le es exterior y de que en su estructura existen inscriptas «evidencias lexicales», o sea, signos evidentes en su eternidad (cfr. 1988, p. 177). Podrá agregar, por lo tanto, que, si uno busca la palabra en el diccionario de portugués, *empregado* es aquél que tiene un empleo o cumple una función y es posible que hasta aparezca como sinónimo de *funcionário* que es la palabra que, obligadamente, debería haber aparecido en el sintagma de aquel enunciado⁷. Pero ocurre que fuera del diccionario esta palabra resulta peyorativa y, seguramente, las personas de aquella secretaría no asociaron *empregado* con *ter emprego* o con *estar empregado*, sino con la idea de *ser empregado de alguém*, de *servir alguém*, lo que, en esa interlocución, —concluyo retrospectivamente— les anticipaba una posición inferior, las colocaba en un lugar de inferioridad. El mismo brasileño podría agregar ilustrativamente que, en los últimos tiempos y «como producto de un prejuicio», el uso de este término en el singular quedó reducido a la forma femenina en el fragmento *empregada doméstica* e, incluso, con ciertas limitaciones, pues no será usado sino en enunciaciones en las que se hable sobre *a empregada* sin que el interlocutor sea ella misma⁸.

La serie de paráfrasis citadas nos permiten comenzar a detectar el porqué de la especie de «malestar» que el significante provocó con su aparición en el enunciado que nos ocupa. Desde la perspectiva que nos abre el análisis, dicha aparición estaría designando la resistencia que impone la *historia* de relaciones sociales y económicas y que determina el funcionamiento de la lengua en el discurso, que determina la producción del

⁶ Cuando cito la voz del brasileño o realizo comentarios sobre su imaginario lingüístico, salvo aclaración en contrario, me refiero siempre a hablantes de la región de San Pablo. Hago la aclaración por respeto a la heterogeneidad de la lengua extendida en la enorme geografía de su territorio nacional.

⁷ Por otro lado, es necesario aclarar lo que todo lector debe estar pensando; en ese mismo acto de interlocución, un enunciado posible que, además, habría simplicado las cosas era: -Não tem ninguém que possa me atender?

⁸ Aún con relación al funcionamiento del significante, es necesario decir que, en un sintagma como *os empregados* de una firma, la *sintaxis* y la *marca morfológica de plural* establecen y garantizan la relación metonímica con una persona jurídica, lo que parece servir de atenuante y hacer posible la aparición del significante. Por eso, en la prensa puede aparecer un titular como éste: *acordo entre patrões e empregados* y, cuando está claro que es ésta la relación en juego, puede aparecer el singular masculino en un par como *empregador/empregado*. Pero volviendo a los casos del plural, existe una restricción: la de que se trate de trabajo pesado; por eso, un enunciado como *os «empregados» administrativos da universidade* no es posible y, aquí, el significante es siempre *funcionários*. Por último, refuerza aún más lo que decimos el hecho de que la raíz aparezca en el siguiente paradigma de significantes, en cuya posibilidad de aparición no cuentan estas restricciones: *emprego, desemprego, subemprego, vínculo empregatício*.